

Esperanza Moreno

MUJERES
del siglo XX

de Brito

Filántropas

Yoloxóchitl Casas Chousal

*A la mujer que lleva
en el nombre el destino*

Te veo y a través de tus ojos límpidos creo adivinarla. Debió ser como tu ahora. Espigada cual nardo, de férrea decisión y andar sereno.

Mexicana nacida en los albores del siglo XX, Esperanza Moreno Terán deja a su muerte, en 1990, una obra de fe y resurrección: la Cruz Blanca, institución construida a la par de un matrimonio como los de antaño, para toda la vida.

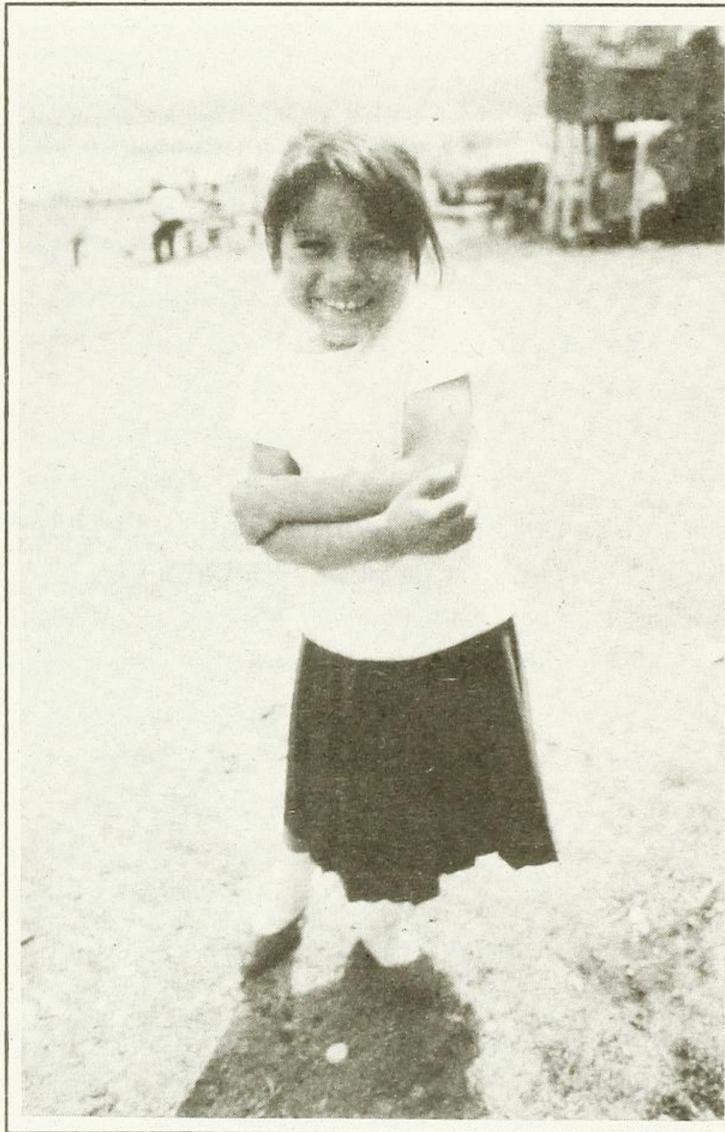
Tercera de cuatro hijos, Eduardo, Ernestina y Elisa, Esperanza vive y se educa bajo el régimen tradicional de una familia zacatecana. Salvador y Soledad, sus padres, la mantendrán en su seno por 16 años, edad a la que se une con Rodolfo Brito Foucher, hombre de letras que llegó a dirigir la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de México y de la que posteriormente sería rector.

Mujer de amplio criterio, creyente indomable de la educación de las mujeres para que encuentren su espacio en el mundo de las ideas, Esperanza trasciende el papel histórico de las mujeres para incursionar en el ámbito público.

La admiración y respeto que sentía por su esposo, Esperanza Moreno los vuelca en actos que definirán su propio camino.

Transforma en hechos los consejos que de Rodolfo escucha y expresa sus pensamientos con una libertad que sólo el ejercicio de un temperamento sólido y definido permite.

A los 20 años, Esperanza es madre ya de tres hijos: Rodolfo, Esperanza y Manuel. No alcanza aún las tres décadas de edad, cuando en



Rotmi Enciso

su camino irrumpe el mundo de los desvalidos. Siendo su compañero de vida presidente del patronato de Cruz Blanca, Esperanza se dedica al Comité de Damas. Espacio limitado a la promoción pero que ella logra franquear hasta convertirse en uno de los pilares más sólidos en los cuales se asienta y crece la institución.

Transgresora de esquemas, se define feminista en plena época de revolución moderna. Incursiona en el mundo masculino del periodismo y logra trascender la historia con acciones de humanismo.

Su vida la dedica a ese espacio de atención y rescate de menores desamparados. Hasta

la Policlínica primero o al Club Infantil después, llegan niños y niñas de la calle, hijos de nadie que sobreviven en la jungla de asfalto vendiendo golosinas baratas, limpiando autos o evidenciando las llagas de una sociedad que los violenta física, sexualmente.

Proteger la infancia, creé Esperanza, no obliga a privar de la libertad a nadie. Así, con un elevado sentido humanitario, de respeto y dignidad hacia los menores, el Club se convierte en un albergue temporal, oasis hogareño en el que niños y niñas pudieran abreviar. Así también la promoción y la consecución de fondos para una institución se transforma en su objetivo de vida.

La figura de Esperanza Moreno de Brito Foucher toma cuerpo. Es árbol sereno que ofrece sus brazos a nidos ajenos. Es roca inamovible ante los avatares políticos. Es hormiga afanosa frente a inviernos eternos. Del Club se encarga en su totalidad. Comida, pijamas, cobijas, colchones, supervisa el personal y promueve con esmero las actividades lúdicas para el esparcimiento infantil incorporando espectáculos como el teatro y el cine.

Sin dejar de lado su compromiso contraído con los y las menores de la calle, ni la atención de una familia unida, Esperanza incursiona en los medios de comunicación. Hacia principios de los sesentas, *El Universal* es la ventana de la habitación propia que se ha construido Esperanza. Durante los próximos 10 años, este periódico ofrecerá al lector el pensamiento de una mujer madura y vanguardista.

Es la época del "regente de hierro", tiempos en los que vió deshacerse su Club ante una política de creciente paternalismo estatal.

Mientras las rosas florecían en los camellones de avenidas como Reforma e Insurgentes, Esperanza enterró su jardín de asistencia. El departamento central del Distrito Federal absorbía los servicios que el Club Infantil había ofrecido hasta entonces.

Años también en los que Esperanza no claudicó. Ferviente defensora del derecho que toda mujer tiene para incurrir en las esferas públicas, a pesar de las batallas que el movimiento feminista de los cuarentas y cincuenta libró y obligó al receso, esta mujer piel de durazno eleva su voz en tinta fresca y se declara feminista.

Sola, como en los espacios donde ha hecho lecturas múltiples y profundas reflexiones sobre la condición de las mujeres, Esperanza traspone el burladero y en plena plaza, con valentía, enfrenta inquisidores para reivindicar no sólo el término que da lugar a toda una nueva forma de vida, sino a un movimiento que lucha por los derechos del "sexo débil".

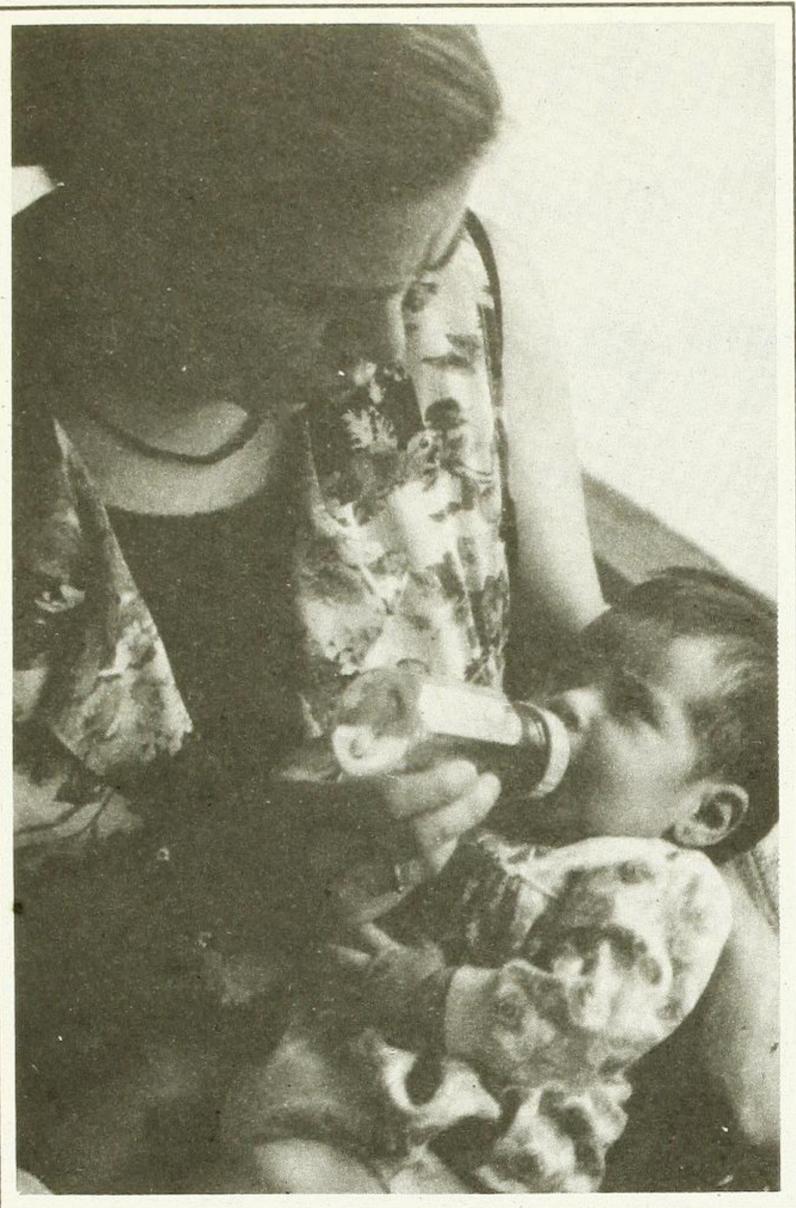
Hasta entonces Esperanza no había militado en grupo alguno, aunque no pasaron desapercibidos para ella los logros de las sufragistas en México y los avances del movimiento en diversas partes del mundo, como Francia, Estados Unidos e Italia.

Aunque no pertenece a las iniciadoras del movimiento feminista en México, Esperanza es una de las principales promotoras y fundadoras del Movimiento Nacional de Mujeres, A.C. Es en estos años, con sus hijos hechos hombres y mujer de bien, que Esperanza se inclina y realiza estudios sobre la condición de las mujeres en el Código Civil, ley que limita el crecimiento intelectual, profesional y personal de las mujeres, y somete al capricho masculino su destino.

Las páginas de *El Universal* son entonces su trinchera. Al partir de su propia experiencia de vida, del crecimiento al lado de un hombre inteligente que comparte e impulsa el desarrollo intelectual de sus cercanos, Esperanza afronta con madurez y temple los cuestionamientos y las críticas a que se hace acreedora, no sólo por su condición de género, sino por el sistema de valores y estructura social que imperaba. Años de revoluciones estudiantiles, de esquemas puestos en entredicho, de bayonetas ardientes, de muertes impunes.

Rotmi Enciso





La Cruz Blanca se desmorona y Esperanza no claudica ante el compromiso. En los setentas, ya como presidenta del patronato, reconvierte el proyecto e impulsa la creación del Centro de Rehabilitación Nutricional. Apoyado por un fondo especial para la investigación médica, la Cruz Blanca se erige en el lugar donde se atenderá uno de los problemas que más secuelas dejan en la niñez: la desnutrición.

Los daños cerebrales que causa esta desatención son irreversibles si el menor no es atendido a tiempo. Esperanza sabe, por médicos eminentes que ella escucha con respeto y aplicación, que la vida de los pequeños puede tener futuro si la desnutrición que padecen es revertida entre los seis meses y los dos años de edad.

Si bien el Centro tardará ocho años en inaugurarse formalmente, Esperanza Moreno de Brito Foucher se dedica todo ese tiempo a construirlo en múltiples aspectos. Libra batallas financieras para rescatar las herencias donadas que le ofrecían vida independiente, se encarga de supervisar el diseño del proyecto, del equipamiento del Centro, del aprovisionamiento de servicios, de la selección del cuerpo médico, puericultoras, dietólogas, trabajadoras

sociales, psicólogas, personal administrativo y conformación de los comités de madres, así como de los materiales de promoción e inclusive de las actividades recreativas y de ambientación.

De esta forma, Esperanza-mujer, Esperanza-madre, Esperanza-luz consolida el objetivo central que mueve hasta la fecha los destinos de la Cruz Blanca: mejorar en forma integral el estado nutricional de la niñez.

Ello implicó la creación de proyectos de atención paralelos y complementarios, como la orientación familiar a la madre y cursos de adiestramiento en puericultura. Estos últimos, pensó Esperanza Moreno, no debían quedar sólo en el aprendizaje de la jefa de familia para mantener el estado de salud del menor con dietas adecuadas a los recursos económicos familiares, sino en trascender el espacio doméstico. Es decir, en la medida que transforma su forma de vida, ésta repercute en la comunidad, así las mujeres se convertirían, poco a poco, en agentes de cambio al retornar a sus medios sociales.

Su amplia visión de vanguardia la llevó a impulsar también la socialización del cuidado de los niños y niñas que se atendían en el Centro de Rehabilitación. Esperanza Moreno integró al proyecto no sólo al personal administrativo, médico, voluntarias y miembros del Patronato, sino a las madres de los propios menores internados. Ellas debían asistir en la atención de sus hijos, pero también de los extraños, con lo que provocó un mayor involucramiento en problemáticas ajenas más no por ello desconocidas.

Su trabajo no ha terminado. Sus deseos trascienden y el tiempo no alcanza. La desnutrición, sabía, deviene de los estratos más pobres del país. Adecuar las dietas a esos presupuestos familiares no era suficiente. Entonces propone crear becas para la capacitación de los padres egresados de la Cruz Blanca con una comida al día.

Nutrir al niño es importante, pero lo esencial es enseñarle a que desarrolle el gusto por comer, decía Esperanza-ojos de laguna límpida. No son una boca más que alimentar, sino un ser que debe vivir con dignidad y derecho a ser amado.

Esperanza Moreno de Brito Foucher murió en 1990 a los 77 años. La imagino piel de durazno, manos de primavera, voz de ninfa, temperamento de Atenas. Te veo y creo adivinarla. *Em*